

ESTELA CHOCARRO

*El*  
PRÓXIMO  
FUNERAL  
*será el* TUYO

Un antiguo crimen y una mujer  
dispuesta a hacer justicia



MAEVA

*A mis padres, Emi y Laureano*

# SITUACIÓN DE CÁRCAR



# 1

Cárcar, 14 de febrero de 1945

**H**inchada, cubierta de gusanos, nada a excepción de sus ropas hacía recordar a la chica que llevaba casi dos semanas desaparecida. El acceso al lugar donde se hallaba el cadáver había resultado harto complicado para los cuatro guardias civiles que, en su calidad de forasteros, desconocían los caminos y la ubicación de las cuevas que salpicaban la zona de la Peña Caída. Cuando hubieron colocado el cuerpo en el carro y anotado los detalles de la escena del crimen, se dispusieron a abandonar aquel lugar apartado y sombrío. Con lento traque-teo, iniciaron el ascenso por el tortuoso camino que llevaba a la parte más alta del pueblo, justo a los pies de la iglesia que lo coronaba. Una vez allí, el grupo se dividiría. Mientras el carro mortuario continuaba camino hacia Estella con los restos de la muchacha, dos de los cuatro guardias civiles se adentraban en el pueblo.

**E**speraban al capataz en la pequeña plaza del Paredón, refugiados del cierzo en una esquina entre dos casas bajas, cuyas paredes, toscamente enlucidas, parecían derretirse como el chocolate caliente. Aunque ya se habían tomado su vasito de

aguardiente, se movían nerviosos, ateridos de frío, y zapateaban sobre el suelo de tierra para entrar en calor. Reinaba una niebla densa y la temperatura rondaba los cero grados. Apenas se reconocían unos a otros, protegidos con gorros, guantes y tapabocas.

—Dicen que la han matado a cuchilladas.

—¡Calla, Patorrillo! ¡Pero si aún no la han encontrado!

—Pronto lo harán.

—Dicen que Abundio Urbiola está destrozado y que le va a pegar un tiro al que se haya cargado a la chica.

El más alto del grupo sacó un cigarrillo de uno de los bolsillos de la chaqueta, prenda claramente insuficiente para combatir el intenso frío de la madrugada. Después se lo colocó entre los labios.

—¡Eh, Gallardo! ¿Quieres fuego?

El Patorrillo sacó una caja de cerillas de su gabán. Mientras daba lumbre a Gallardo, dos figuras se detuvieron justo detrás de él. Una mano enguantada le cayó en el hombro.

—¡Coño! ¡La Guardia Civil!

Todo el grupo se cuadró, mientras uno tras otro carraspeaban para aclararse la voz por si le tocaba hablar. Gallardo, nervioso, arrojó al suelo el pitillo que acababa de encender. ¡Lástima!, pensó, porque era el único que le quedaba y no sabía cuándo volvería a ver otro.

—Buenos días, señores. Buscamos la casa de don Ángel Turumbay.

—¿De quién?

—La casa del practicante. Sin duda, alguno de ustedes lo conocerá.

—¡Claro, claro! Pues verán ustedes, han de ir al camino de entrada al pueblo que lleva a la plaza Mayor. Es la casa blanca y gris con tres grandes ventanas alineadas. ¿Ocurre algo?

Los dos uniformados de verde con tricornio dieron media vuelta sin molestarse en responder mientras el perplejo grupo

los seguía con la mirada. Gallardo se agachó para recuperar el cigarrillo del suelo, lo limpió con cuidado y luego le dio unos golpecitos para prensar el tabaco dentro del papel. Estaba húmedo pero se secaría, no había prisa. Se incorporó con el pitillo entre los labios, complacido por el inesperado rescate. Antes de que ninguno pronunciara una sola palabra resonó una campanada grave; después, silencio. A esta primera siguieron otras campanadas igual de graves entreveradas con algunas más agudas y, entre unas y otras, los duros silencios. Los hombres contaban con los dedos. Cuando ya no se oyeron más campanadas, el Gallardo sentenció:

—El muerto es una mujer.

Los de la benemérita llegaron a la puerta de la casa blanca y gris. Uno de ellos llamó con un recio aldabonazo.

—¡Ya va, ya va!

Tras el ruido del cerrojo se abrió la parte superior de la puerta.

—¿Es usted don Ángel Turumbay?

El hombre asintió con un gesto.

—Yo soy el sargento Cipriain y este es el cabo Izal. Hemos encontrado a Celia Urbiola y pensamos que usted puede tener información relevante sobre lo que haya podido ocurrir.

Al practicante se le heló la sangre en las venas. Con mano temblorosa logró descorrer el segundo cerrojo, que abría la parte inferior de la puerta. En silencio se encaminó hacia el interior de la casa escoltado por los dos guardias. Irene observó desconfiada a los dos extraños, pero continuó cortando migas de pan para hacer sopas. Desde luego, no eran bien recibidos y no tenía la menor intención de ofrecerles nada, así que más les valía largarse cuanto antes.

—Como le decía, Celia Urbiola ha aparecido muerta. Tenemos razones para creer que usted sabe algo al respecto.

Don Ángel Turumbay puso todo su empeño en disimular el incipiente temblor de sus manos.

—No parece usted sorprendido por la noticia —señaló el guardia.

El interpelado miró a su esposa, después a los dos hombres. Abrió la boca y, cuando parecía que iba a hablar, volvió a cerrarla sin emitir sonido alguno.

El sargento Cipriain insistió.

—¿Conocía a Celia Urbiola?

—Claro.

—¿La vio el día dos de este mes?

Irene alzó la mirada. ¿Estaría ese mequetrefe acusando a su marido de algo? Había que tener poca vergüenza para formular semejante pregunta estando ella presente. Por su parte, don Ángel Turumbay bajó la cabeza. Llevaba dos semanas sin poder dormir, no tocaba el violín, las manos le temblaban al afeitarse a sus parroquianos. A punto había estado en más de una ocasión de tener un disgusto con la navaja. Nunca sus tareas diarias se le habían hecho tan penosas.

—¿La vio el día 2 de este mes? —insistió el guardia con impaciencia.

—Sí —contestó por fin el practicante—, estuve con ella.

El cabo Izal se dirigió entonces a don Ángel con estudiada solemnidad.

—Señor, tiene que acompañarnos. Prepare algo de ropa y despídase de su mujer.

## 2

Cárcar, 1 de julio de 2010

**M**iraba fijamente el horizonte, pero sus pensamientos iban mucho más allá. Al cabo de un rato, cerró los párpados y se dejó llevar a un lugar remoto donde era un hombre joven y vigoroso. Por desgracia, su viaje fue breve.

—Perdón —musitó una voz tenue—. ¿Está usted...?

El anciano permaneció unos segundos inmóvil en un intento de prolongar su estado de ingravidez. Después habló con voz ronca.

—¿Muerto? No creo. Pero si esto es la muerte, bendita sea.

—¡Disculpe! Siento mucho haberle molestado. Pensé que tal vez...

—Ya. Uno ve a un viejo con los ojos cerrados y enseguida piensa que ha estirado la pata. —Daniel González fue abriendo los ojos mientras se desperezaba con lentitud en el duro banco de cemento. Repasó a la chica de pies a cabeza. No debía de ser del pueblo; salir a pasear con aquellos tacones no era propio de gente razonable.

—No quisiera molestar, aunque la verdad es que estoy bastante despistada y no me vendría mal un poco de ayuda.

—¿En qué puede servirte un vejstorio como yo?



—Pues verá... Me llamo Rebeca Turumbay, mi abuelo era de Cárcar.

—Ese apellido no es extraño en el pueblo, desde luego. ¿Quién era tu abuelo, maja?

—Se llamaba Ángel Turumbay.

—¿Cómo?

—¡Ángel Turumbay! —gritó la joven—. Sé que era músico, tocaba el violín, y también era barbero y practicante. Eso me ha contado mi madre al menos. Yo apenas lo conocí y ese es el motivo de mi visita.

Daniel González guardó silencio, con la mirada clavada en la joven. Tenía una bonita melena rubia, los ojos del color de la miel, la tez blanca, la boca carnosa y rosada. No se le parecía en nada. Seguro que era una embustera.

—No hace falta que grites, no estoy sordo. —Hizo una breve pausa y añadió—: Aún.

—Perdone.

—Lo siento, maja. No caigo. ¿No sería tu abuelo de Carcastillo o de Cascante?

—No; en su carné de identidad ponía que nació en Cárcar, así que no hay confusión posible. Gracias de todas formas.

Daniel González había vivido siempre en el pueblo desde el mismo día en que nació. Bueno, casi siempre, porque durante unas semanas al año solía desaparecer de Cárcar para recorrer la Península; incluso había llegado a viajar a Francia y Estados Unidos. Aunque siempre se dedicó al campo, era un hombre de múltiples aficiones. Había leído y estudiado las más variadas disciplinas, aunque nada de ello se tradujo en una profesión ni le reportó jamás un duro; pero eso a él no le importaba. Tenía la certeza de que fue un óptimo agricultor y la suerte de haber dispuesto del tiempo suficiente para satisfacer su sed de conocimiento. Nunca se casó, pero tuvo muchas novias, y

también muchas amigas. Para fastidiar a su amigo Patricio el Gitano, solía decir que él había hecho más el amor siendo soltero que el propio Gitano estando casado. Patricio siempre se molestaba al oírlo, pero sabía que era una verdad como un templo.

Cuando la chica hubo desaparecido tras la curva del camino, trató de volver a su estado inicial de relajación, pero le resultó imposible; el corazón le martilleaba en el pecho, tenía las manos temblorosas. Buscó en el bolsillo de la camisa. Estaba vacío. Hacía muchos años que estaba vacío.

Rebeca Turumbay había llegado al pueblo antes de lo previsto. Su GPS indicaba que el trayecto desde Barcelona duraría tres horas y treinta y seis minutos, pero ella calculó que se alargaría otra hora si se detenía en el área de servicio de Lleida, y algo más si se paraba una segunda vez antes de llegar a Tudela. Con lo que no contaba era con el escaso tráfico desde Zaragoza hasta el pueblo y el buen estado de las carreteras. En definitiva, el GPS había acertado en su previsión a pesar de las dos paradas realizadas.

Aparcó su Mini Cooper cabrio de color rojo con franja blanca en la plaza Mayor porque estaba a solo unos metros de la dirección que había grabado en su navegador, el número 14 de la calle Monte. Nada más bajar del coche pensó que todas las calles del pueblo debieran llamarse Monte, pues en Cárcar solo había dos posibilidades de movimiento: subir por una calle y bajar por otra, o bien, subir y bajar por la misma calle, aunque esto último debía de resultar mucho más aburrido.

Había quedado a las doce en punto en la puerta de la única casa rural que se alquilaba en el pueblo. Ya había resuelto los detalles por teléfono y a través de Internet, pero la dueña del inmueble tenía que darle las llaves, enseñarle la casa y explicarle

el funcionamiento de los electrodomésticos. Así pues, decidió estirar un rato las piernas por los alrededores de la plaza para hacer tiempo. Una escalinata la condujo directamente a la puerta de la iglesia. No estaba nada mal para ser la iglesia de un pueblo tan pequeño, y decidió que ese sería uno de sus pasatiempos en aquel lugar: visitar la iglesia y descubrir sus secretos. Encontró también un jardín junto a lo que debía de ser una residencia de ancianos: los setos altos, los plataneros enlazados unos con otros, los rosales perfectamente cuidados... Al asomarse a la barandilla en dirección al regadío sintió una calma que no era común en ella. Un buen sitio para pasar la vejez, se dijo. Aún le quedaban unos cuantos años para llegar a vieja, de modo que decidió alejar el tema de su mente y concentrarse en lo que la había llevado hasta allí. Descubrió que podía seguir el camino que comenzaba en el jardín, y así lo hizo hasta que divisó detrás de un montículo el cuerpo inerte de un anciano. Era la primera persona del pueblo con la que hablaba y el resultado no pudo ser más decepcionante. Imaginaba que todo el mundo se conocería en un pueblo tan pequeño; al menos eso es lo que decían sus conocidos, siempre quejándose de la falta de intimidad. ¿Sería Cárcar una excepción?

Se había documentado a conciencia en Internet acerca de las posibilidades turísticas de la zona y, tanto si localizaba a algún amigo o familiar de su abuelo como si no, sabía que podía pasar unas vacaciones interesantes, y a buen seguro, diferentes a las que estaba acostumbrada. Una visita ineludible sería el Palacio Real de Olite, a cuarenta y dos kilómetros de Pamplona y casualmente también a cuarenta y dos kilómetros de Cárcar. Construido durante los siglos XIII y XIV, fue sede de la corte del Reino de Navarra a partir de Carlos III el Noble, a finales del siglo XIV y principios del XV. De origen francés y hombre culto, propició que el de Olite se convirtiera en uno de los palacios más lujosos de Europa durante la Edad Media.

Se enteró también de que el castillo de Olite había resultado elegido en 2009 la mejor maravilla medieval de España por los lectores de la revista digital *revistamedieval.com*, por delante de monumentos, como el monasterio de Meira (Lugo), la catedral de Santiago de Compostela, la Alhambra de Granada, San Pedro de la Nave (Zamora), San Millán de la Cogolla (La Rioja) y el monasterio de Poblet (Tarragona). Y por si no tuviese bastante motivación con todo ello, había leído en alguna reseña de Internet que este edificio había inspirado a Walt Disney para el diseño de su castillo de Disney World en Orlando, y aunque la joven no había visitado el parque de Florida, las fotos ciertamente mostraban coincidencias asombrosas. Además de este, el castillo de Javier, donde nació y vivió san Francisco Javier, podía ser otra visita de interés, y desde luego, no pensaba perderse la catedral de Pamplona, como tampoco las murallas y todo el casco viejo de la capital navarra. La comunidad también contaba con considerables riquezas naturales, como la selva de Irati o el desierto de las Bardenas Reales, amén de los pintorescos pueblos del norte de la provincia. Como Navarra es tan pequeña, podía dirigirse a cualquier punto sin alejarse del pueblo más de una hora u hora y media a lo sumo.

Tras su breve charla con el anciano, Rebeca volvió sobre sus pasos hacia los jardines de la residencia. Se detuvo en un lugar cualquiera de la barandilla que separaba la zona de paseo de la peña que daba al río. Suspiró al contemplar el espectáculo que tenía bajo sus pies y comprendió perfectamente que aquel hombre hubiese elegido ese lugar para descansar. Todo el pueblo era un gran balcón que se asomaba a las tierras de regadío, con los montes de líneas suaves recortados en el horizonte y los pueblos salpicando el campo. Una verdadera postal.

Se fue relajando y una sensación de bienestar sustituyó a la decepción generada por su fracaso en la búsqueda de

noticias sobre su abuelo. Inspiró profundamente y retuvo el aire en los pulmones hasta que sintió un leve mareo. Ese aire limpio producía un efecto anestésico en su organismo. Cerró los ojos. Permaneció unos minutos aletargada hasta que el rítmico sonido de unos pasos precipitados la fue devolviendo a la realidad. Los pasos se detuvieron junto a ella. Antes de que pudiera reaccionar, sintió el peso de una mano en su hombro.

—¿Estás bien?

Abrió los ojos muy despacio. Vio a su lado a un joven sudoroso, vestido con pantalón corto, camiseta de tirantes y zapatillas deportivas, de ojos oscuros, misteriosos, y cabello negro y rizado. Parecía no haberse afeitado en varios días.

—Por favor, ¿podrías quitar tu manaza de mi traje de Vanessa Bruno?

—¿Es tuyo o de Vanessa Bruno?

Rebeca le abofeteó con la mirada.

—Perdona. Al verte así he pensado que tal vez estabas mareada o... Bueno, ya sabes.

La chica permaneció pensativa por unos momentos, decidiendo quizá el tono de sus siguientes palabras.

A la vista del silencio de aquella forastera, el joven intentó esbozar una sonrisa que por último se quedó en una mueca. Se giró y reanudó la carrera hasta desaparecer por la escalinata de la iglesia.

—¡Gracias por preocuparte! —gritó Rebeca, consciente de que su gratitud nunca alcanzaría al chico, que ya debía de haber llegado a su casa, en virtud de la celeridad con que lo había visto desaparecer de su vista.

A las dos de la tarde, Rebeca Turumbay tenía su alojamiento perfectamente organizado. La voluntariosa Micaela le había enseñado la casa y explicado todos los detalles sobre

el funcionamiento de los electrodomésticos y el aire acondicionado. La mujer se sentía muy orgullosa, y no era para menos. Se trataba de un edificio del siglo XVII que conservaba muchos elementos de la época. La casa era muy grande para una sola persona, pues contaba con dos plantas de unos ciento veinte metros cada una, además del garaje y los graneros, pero como Rebeca iba a pagar un precio muy razonable, no le importaba tener habitaciones vacías. Eligió la más bonita, situada en la planta superior, con una cama de metro y medio, de estructura metálica y con dosel. Como no había decidido la duración de su estancia, optó por pagar todo el mes de julio; estimó que en ese tiempo tendría oportunidad de recabar información acerca de su abuelo y de conocer la zona con bastante detalle. Antes de deshacer la maleta, aceptó de buen grado la oferta de Micaela para recorrer el centro del pueblo e informarse de las tiendas de que disponía, casi todas de ultramarinos. El pueblo se autoabastecía, a pesar de ser tan pequeño. El pan se amasaba y cocía a diario en el Horno Cooperativo Virgen de Gracia y el panadero paraba en las distintas calles y lo repartía en su furgoneta cada mañana. También había dos bodegas, un campo de fútbol, piscinas y frontón. Para un censo de mil doscientas almas, le pareció una oferta de servicios nada desdeñable.

Mientras bajaban por el barrio Monte, nombre que la gente de Cárcar daba a la calle Monte, Micaela comentaba los detalles de la vida en el pueblo al tiempo que iba saludando a cuantas personas veía por la calle. Durante unos segundos se entretuvieron con una mujer de ojos saltones, con el cabello tan enmarañado como si nunca hubiese conocido un peine. Rebeca se ruborizó al ver que varios dedos asomaban por sendos agujeros abiertos en sus zapatillas caseras; en cambio, la mujer los lucía sin ningún reparo.

—Hola, Aurora, ¿cómo estás? —saludó Micaela cordial.

—No me quejo. ¡Vas bien acompañada, eh! ¿De quién es esta chica tan maja?

—Se llama Rebeca. Ha alquilado la casa durante todo el mes.

—¿Ah, sí? ¡Qué bien! ¿Y de dónde eres, maja?

—Es de Barcelona, profesora de universidad —se adelantó a responder Micaela.

—Cara de lista sí que tiene.

—Adiós, Aurora, a seguir bien.

—¡Gracias, gracias! ¡Adiós, adiós!

Bajaron por el barrio Monte y subieron luego por la calle Mayor que remataba en la plaza Mayor, donde Rebeca había aparcado su coche al llegar, junto al ayuntamiento y la escalinata que daba a la iglesia. Ya iba haciéndose un pequeño mapa mental de ese pueblo donde todo era subir y bajar. No había pérdida posible porque si subías siempre encontrarías la iglesia en lo más alto y la casa que había alquilado estaba solo a unos metros.

—Hoy comes en mi casa.

—Es muy amable de su parte, Micaela, pero me las arreglaré bien. Acabo de comprar un montón de comida.

—No has hecho más que llegar y tienes que organizarte, así que no me discutas y haz lo que te digo. Te espero a las dos en punto.

—Muchas gracias. Es usted muy amable.

—Muchas gracias, no. Muchas veces. Y no me trates de usted, que me hace mayor.

Después de la temprana comida en la residencia, Daniel González salió de nuevo a la calle en busca de un banco a la sombra de un árbol. El calor era intenso a esa hora del día, pero necesitaba estar solo, y sabía que ninguno de sus compañeros de la residencia saldría a molestarlo. Se sentó despacio,

apoyando su bastón en el suelo, después introdujo una mano temblorosa en el bolsillo de su sempiterna camisa blanca y sacó un paquete de cigarrillos que había pasado años guardado en un cajón. Lo miró largo rato. Hacía mucho tiempo que lo había dejado, pero a su edad ya no le preocupaba el cáncer; al fin y al cabo, iba a morir en breve. Un día perfecto para volver a fumar, se dijo. Sin dedicarle un solo pensamiento más, dio la vuelta al paquete y lo sacudió hasta que un cigarrillo salió disparado. Cerró la cajetilla, volvió a ponerla con parsimonia en el bolsillo y repitió la operación con el otro bolsillo, esta vez para extraer una caja de cerillas. La primera bocanada de humo le entró directa a los pulmones. Tosió varias veces, pero eso no le impidió dar una segunda calada. La tercera inhalación le provocó un ligero mareo de placer. Continuó fumando, muy despacio, saboreando cada segundo de ese cigarro como si fuese el único. Mientras, sus pensamientos se centraron poco a poco en el motivo de su desasosiego: la nieta de Ángel.



### 3

Rebeca Turumbay había tenido tiempo suficiente de disfrutar de un relajante baño en la gran bañera situada al lado de su habitación. Se puso un vestido de Custo y unas alpargatas de Castañer, y encantada con su look informal, abandonó la casa. Salió quince minutos antes de la hora. Le sobraron doce. Allí estaba todo tan cerca... Dio unas vueltas alrededor de la casa de Micaela, que esta le había indicado durante su paseo, bajó unas cuestas y subió luego otras para hacer tiempo. Descubrió que en pocos minutos se podía recorrer el pueblo de un extremo al otro. Al parecer, la plaza Mayor, presidida por la iglesia, servía de eje alrededor del cual se distribuían las estrechas calles con sus casas de dos alturas de ladrillo visto. En la calle Mayor subsistía alguna casona del siglo XVIII con escudo, mientras que en el barrio Monte le llamaron la atención, por su aspecto pintoresco, varias casas construidas sobre roca viva con las fachadas encaladas.

Se disponía a llamar al timbre cuando las campanas de la iglesia comenzaron a sonar. Cuatro campanadas iniciales seguidas de dos más graves. Las dos en punto. Pulsó el timbre y casi inmediatamente se abrió la puerta. Micaela le dio la bienvenida animándola a entrar con el mismo tono jovial del

que había hecho gala por la mañana. Mientras seguía a la mujer por el pasillo, oyó una voz varonil.

—¡Mamá! ¿Dónde quieres que coloque estas cosas?

—Es mi hijo. Tiene más de treinta años, pero aún sigue en casa. Los jóvenes de hoy sois muy raros, no te ofendas.

Se detuvieron ante la puerta de la cocina, donde un joven en cuclillas metía y sacaba recipientes del frigorífico en un intento de poner orden.

—Lo siento, mamá, pero aquí no caben más cosas. Tendrás que tirar algunas.

—¿Estás loco? Quitá, quitá, ya lo hago yo.

El joven se levantó de un brinco, guiñó un ojo a Rebeca y señaló a su madre, quien ya estaba removiendo el contenido del frigorífico para hacer hueco. Se acercó a la joven y le susurró al oído:

—Sigues teniendo la misma cara de malfollada.

Rebeca se atragantó al inspirar.

—Mamá, nosotros ya nos conocemos. Hemos tenido una charla muy interesante esta mañana.

—Ah, ¿sí? ¡Qué casualidad! Entonces ya sabrás que es la chica catalana de la que te hablé. Va a pasar todo el mes de julio en Cárcar; si está a gusto, claro. Pero entrad al comedor que ya tengo la comida preparada.

—Así que catalana. ¿De Barcelona?

Tratando de reponerse del exabrupto, Rebeca vaciló un segundo, momento que aprovechó Micaela para responder en su lugar:

—Siempre ha vivido en Barcelona, aunque debido a su trabajo, prácticamente ha trasladado su residencia a Girona.

—Ah... ¿En qué trabajas?

—Enseña historia del arte en la universidad y trabaja en la Fundación Gala-Salvador Dalí, en Figueres. ¿No es impresionante, hijo?

—Muy impresionante, sí —dijo Víctor sin apartar la mirada de la cohibida joven.

—Mi hijo es periodista. Es un chico muy listo y muy buen mozo, ¿no crees? —Víctor aguardó divertido la reacción de Rebeca.

—Sí, claro —consiguió decir ella sin ruborizarse demasiado.

—El pobre es hijo único. Se quedó sin padre siendo muy niño, así que siempre hemos vivido los dos solos, ¿verdad, hijo?

—Verdad, madre. ¿Vives con tus padres? —se interesó Víctor, en tono conciliador.

—Mi madre murió hace unos meses. No llegué a conocer a mi padre. —Micaela se acercó a Rebeca y la estrechó entre sus brazos.

—Lo siento mucho. ¡Pobre niña!

—Mi abuelo fue como un padre para mí hasta que falleció cuando yo tenía seis años. Lo cierto es que ya no tengo claro si mis recuerdos son míos o los ha creado mi madre al hablarme de él. De mi padre no recuerdo nada. Creo que nunca vino aquí, al pueblo del abuelo, no entiendo por qué.

Micaela continuaba acariciando el cabello de Rebeca como si fuese una niña pequeña. Víctor guardaba silencio.

—No debéis preocuparos por mí —aseguró Rebeca—, estoy bien. Ese es el motivo de mi visita a Cárcar. Mi abuelo era de aquí, como he dicho, y ahora que estoy sola quiero conocer mis orígenes, ver si aún queda alguien que lo recuerde y me pueda contar algo sobre él. Mi padre nació en Barcelona, donde conoció a mi madre, pero ninguno de los dos me habló nunca del pueblo.

—¿Cómo se llamaba tu abuelo, hija?

—Ángel Turumbay —declaró orgullosa—. Trabajó para Salvador Dalí, y de ahí supongo que viene mi interés por el arte.

Micaela meditó durante unos instantes.

—No caigo. Pero estoy segura de que Víctor podrá echarte una mano. A él se le da muy bien investigar cualquier tema, que para eso es periodista. Además, conoce a todos los ancianos del pueblo y puede presentarte a los de más edad. Seguro que cualquiera de ellos estará encantado de charlar un rato con una chica tan guapa como tú.

—He hablado con un señor muy mayor esta mañana, pero no sabía quién era mi abuelo. Ha sido un poco decepcionante, la verdad. Pensaba que en un pueblo pequeño todo el mundo se conocía.

—En Cárcar, el Ángel más famoso es el de la cueva. Espero que no fuera ese tu abuelo —apuntó Víctor.

—¿Qué cueva?

—La cueva del Ángel Caído —aclaró Micaela—. Se trata de una vieja historia, creo que nadie sabe exactamente qué sucedió. Pero en este pueblo hay varias personas llamadas Ángel. Es un nombre muy común en todas partes.

—La cueva del Ángel Caído es un lugar maldito donde nadie quiere acercarse por miedo a que el asesino aparezca con su enorme cuchillo y lo corte en rebanadas.

—¡Víctor! Deja de decir sandeces y saca el postre, anda, que vas a asustar a nuestra invitada. ¡Es de muy mal gusto hablar de algo tan horrible en la mesa!

El joven salió riéndose a mandíbula batiente. Rebeca, en cambio, se había estremecido al oír sus palabras.

Después de la comida se quedó el tiempo justo para no parecer descortés y enseguida se despidió dando las gracias a su anfitriona por la invitación. Una vez en casa, se lanzó al confortable sofá novela en mano. Hacía mucho tiempo que había abandonado su afición favorita en aras de su trabajo. Las horas del día se le quedaban cortas para hacer todo lo que le hubiera gustado y al final, la lectura de obras especializadas en arte y, en concreto, en pintura contemporánea ocupaba

todo su tiempo. Se había hecho el firme propósito de leer todo cuanto pudiera durante ese mes, de modo que compró varias novelas de diferentes géneros para poner a prueba su capacidad de disfrutar con la literatura de ficción. La comida en casa de Micaela le dejó mal sabor de boca, pese a que la mujer había demostrado ser una cocinera estupenda: de primero les sirvió espárragos rellenos —nunca hubiese creído que pudieran rellenarse de no haberlo visto—, seguidos de sopa de pescado, casi igual a la que hacía su madre, y por último, gorrín asado. Rebeca alabó sobre todo ese plato, del que repitió dos veces. Micaela le había explicado que el secreto estaba en el horno de leña. En el pueblo solían acudir al horno cooperativo para asar la carne, y la verdad es que los asados quedaban exquisitos. Micaela se mostró muy orgullosa al explicar las bondades de su pueblo y ella agradecía sus explicaciones, pero Víctor.... ¡Víctor la había llamado malfollada! ¿Quién se había creído que era para decirle semejante grosería? Aunque, por otro lado, debía reconocer que ella también estuvo un tanto grosera en su primer encuentro aquella mañana, y más teniendo en cuenta que el joven se había detenido a su lado ciertamente preocupado. Puede que mereciera el exabrupto, pero aquella palabra tan soez resultaba del todo inadecuada.

Pasado un rato, Rebeca sintió hambre. Era extraño, después de todo lo que había comido en casa de Micaela. Consultó su reloj sin dar crédito a la hora. Habían pasado cuatro horas como en un suspiro y ya eran casi las ocho de la tarde. Cuando abrió la ventana, constató que el calor continuaba siendo sofocante. En la cocina se preparó un sándwich vegetal. Después, conectó el hervidor de agua para hacer un té que luego enfriaría con hielo. Tras dar buena cuenta de su merienda y con el ánimo exultante, salió de la casa y se dirigió de nuevo

a los Fosales. Según la información de Micaela, ese era el nombre que los carcareses daban al lugar donde había conocido a Víctor. Una tenue brisa comenzó a soplar en cuanto inició el ascenso de la escalinata. Las acacias perdían algunas de sus pequeñas hojas, que revoloteaban alrededor de la fuente central. Un ligero aroma a miel brotaba de las últimas florecillas que quedaban en las copas de los árboles. El ambiente se le antojó vibrante, sensual. Se detuvo unos instantes en el mismo lugar en que lo había hecho aquella misma mañana para contemplar el panorama. Como si alguien hubiese dado suelta a una manada de elefantes, un grupo de ancianos empezó a diseminarse despaciosamente alrededor del edificio de la residencia. Un hombre de abundante cabellera blanca se acomodó en el banco de madera situado justo detrás de Rebeca. Canturreaba una canción que la joven no había oído nunca:

—El otro día en el Retiro, mi novia me pidió un beso. No me pidas vida mía, que aquí no se pide eso, que si vienen los de asalto, a los dos nos meten presos. Buenas tardes, maja —la saludó el hombre, cordial.

—Hola.

—Hace muy buena tarde, ¿verdad? —prosiguió el otro, feliz de tener con quien hablar.

—Sí, muy buena.

—No eres del pueblo, claro.

—No, estoy de vacaciones. He llegado esta mañana.

—¡Vaya! ¡Qué bien! No te preocupes, que enseguida conocerás gente. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Rebeca. ¿Es usted de Cárcar?

—De aquí soy y aquí he vivido siempre. He viajado lo justo: a Pamplona y a Zaragoza. También fui a Madrid en una ocasión, pero en ninguna parte se está mejor que en Cárcar. ¿De dónde has dicho que eras, maja?

—Soy de Barcelona, pero mi abuelo era de aquí. Tal vez usted lo conociera, se llamaba Ángel Turumbay.

—Ángel... Ángel... Conozco a unos cuantos que se llaman así.

—Mi abuelo era músico, barbero y practicante. —La expresión de su interlocutor se ensombreció—. ¿Está usted bien?

—¡Pobre chica, tan joven y tan guapa! Me voy, maja, que se me hace tarde para ir a la huerta. Este año los tomates vienen tempranos.

El anciano salió zumbando en dirección a la residencia mascullando palabras sin sentido.

Marcelo Agreda había sido toda su vida un aventurero. Las mujeres le gustaban más que el pan, solía decir, y el pan le gustaba mucho. Su padre había sido hojalatero, lo mismo que su abuelo y su bisabuelo. Además, tenían algunas tierras y una pequeña fortuna heredada de un tío soltero que falleció inesperadamente y, sin que nadie lo sospechara siquiera, había resultado tener el colchón repleto de billetes. Sacando provecho de ese dinero, sus padres los enviaron a él y a sus dos hermanas a estudiar a Pamplona. Pero Marcelo era hombre de campo y nunca consiguió adaptarse a la capital. Lo único que hizo durante los años que pasó fuera de casa fue incrementar su colección de novias. Pese a ello, él se entendía mucho mejor con las chicas del pueblo, con quienes tenía más en común, además de dejarse tocar por debajo de la falda. Tanto le gustaban las mujeres que nunca fue capaz de decantarse por una determinada, de modo que el tiempo fue pasando y llegó a la vejez con la única compañía de una demencia que crecía dentro de él, fuerte e imparable. Marcelo seguía disfrutando al piropear a las mujeres, ya fueran estas jóvenes o entradas en años, pues todas tenían su encanto. Hay fuerzas que ni la vejez puede detener.

Cuando Rebeca se volvió para enfilar el camino de los pinos vio a una anciana en mitad de la explanada que la miraba fijamente, sin ningún disimulo. Había reparado en ella mientras hablaba con el hombre. Aquella señora de moño tirante caminaba alrededor de la iglesia y tardaba cuatro minutos exactamente en rodear el templo. Lo había comprobado. Ninguna de las dos pronunció una sola palabra. Al cabo de unos segundos, la mujer abandonó su estatismo y continuó su paseo. Rebeca no había tenido contacto con personas de edad avanzada a excepción de su abuelo, pero de eso hacía demasiado tiempo y para ella su abuelo Ángel nunca fue un anciano, de modo que no era capaz de discernir lo que podía considerarse un comportamiento normal del que no lo era. Caminó unos cincuenta metros hasta que descubrió un segundo camino junto al que había tomado por la mañana. Se trataba de una cuesta bastante pronunciada que se adentraba en un pinar. Se preguntó si sería buena idea explorarlo en aquel momento, pero decidió que ya tendría tiempo otro día; el camino era sombrío y no parecía tan frecuentado como el primero. Así pues, repitió el paseo matutino con energía renovada. Anduvo unos centenares de metros por el camino de cemento trufado de curvas que rodeaban varios montes bajos y terminaba en una pendiente en cuya cima se situaba el cementerio. Dejó atrás el camposanto y con él la comodidad del camino, que a partir de ese punto era de piedras y tierra. Por una sucesión de indicadores de madera, supo que se acercaba a una zona de palomeras. Ignoraba qué eran las palomeras, pero ya se enteraría. Desde lo alto, la panorámica seguía siendo fantástica. Avistó una ermita en mitad del campo, a unos diez kilómetros del pueblo, que, por lo que le había contado Micaela, debía de ser la ermita de la Virgen de Gracia. Se detuvo delante de un panel informativo. Le sorprendió enterarse de que la ruta estaba marcada como de interés turístico por ser cañada real. El panel informaba además de la existencia de un área de



protección de fauna. Después de leer toda la información, se giró para reanudar el camino. A unos cincuenta metros de distancia divisó la figura rígida de un hombre de rostro inexpresivo lleno de surcos. La boina de lana estaba fuera de lugar, con el calor que hacía. Sintió un escalofrío, pero en vista de que el hombre, seco como un sarmiento, no hablaba ni se movía, decidió ignorarlo. Retomó el camino y el rumbo de sus pensamientos. ¿Qué iba a hacer? Ya eran varias las personas a las que había preguntado por su abuelo y ninguna le había podido ayudar. Si todos los ancianos del pueblo tenían tan mala memoria, debería reducir notablemente sus vacaciones. Sin poder evitarlo, su atención volvió a dirigirse hacia el escuálido hombre al que acababa de ver unos metros atrás. ¿Por qué la observaría de ese modo? Le pareció que el Hombre Sarmiento —como acababa de bautizarlo— y la señora del moño tirante tenían algo en común. Aquella mujer se la había quedado mirando de un modo muy descarado por no decir provocador, con unos ojos fríos como el hielo y un gesto casi cruel. Podía ser solo una vieja chiflada, o tal vez no...

## 4

Anastasia Chalezquer tenía ochenta espléndidos años, aunque su aspecto era el de una señora mucho más joven. Era consciente de ello y le encantaba. Su memoria también estaba en bastante buena forma dada su edad. Era una niña cuando la Guerra Civil, pero no tanto como para no recordar las penurias que pasaron sus padres, sus hermanos —todos varones— y ella misma. Durante su juventud iba al campo con ellos, y trabajaba como uno más a pesar de ser mujer. Salían a caballo de madrugada con una fiambarrera con la comida y no volvían hasta el anochecer. Su padre falleció cuando ella contaba doce años. A esa edad, una chica ya era una mujer, por lo que nunca se consideró huérfana. Cuando hubo cumplido los diecisiete, su madre le anunció que tenía un pretendiente para ella. Un hombre honesto y trabajador de Lerín, un pueblo cercano a Cárcar. Anastasia nunca había contradicho a su madre, de modo que acató su voluntad. Sabía que eso era bueno para la familia, pues de otra manera alguien tendría que cargar con ella de por vida, y convertirse en un lastre no era en absoluto lo que pretendía. Así pues, cumpliendo los deseos de su madre, se casó con un hombre que le llevaba quince años, un hombre a quien nunca amó; aunque eso no impidió que

ambos se respetaran siempre. Dios no quiso que de su unión naciera vida y Anastasia sufrió tres abortos, el último de los cuales a punto estuvo de matarla a ella. Contra todo pronóstico, quien murió poco después fue su esposo. Era diabético. Falleció una mañana mientras trabajaba en el campo. El médico dijo que había muerto de lo suyo y ahí quedó la cosa. Muerto su esposo, viuda y sin hijos, decidió regresar a Cárcar. Tenía entonces veintitrés años, y se la consideraba una mujer madura, por lo que nadie en su familia esperaba verla casada de nuevo. Todos se equivocaron.

Desde su vuelta de Lerín había entrado a servir en una de las casas principales de Cárcar. El amo era un hombre arisco, amargado, que perdió a su esposa al poco tiempo de casarse. Decían las malas lenguas que no habían llegado a consumir el matrimonio, aunque eso nadie lo sabía a ciencia cierta, pues don Vicente no hablaba si no era para dar órdenes a los peones en el campo. Al principio, Anastasia acudía a la casa llena de aprensión, pues el hombre se comportaba como un animal herido. Sin embargo, fueron pasando los meses y don Vicente comenzó a demandar cada vez más horas de trabajo por parte de la chica. Llegó un momento en que desayunaban, comían y cenaban juntos. Anastasia le preparaba la cama, le llevaba las zapatillas cuando llegaba del campo tras la dura jornada, e incluso empezó a leer para él junto a la chimenea durante las frías noches de invierno. Lo hacía con torpeza, pues apenas había ido a la escuela, pero al hombre no parecía importarle. Así, se fueron acercando los dos, hasta que poco a poco don Vicente fue olvidando su tristeza y su mal humor. La chica se sentía cada día más a gusto en compañía del amo al tiempo que se convertía en imprescindible en aquella enorme casona de piedra con blasones. Al cabo de dos años de servicio, don Vicente pidió la mano de Anastasia a su hermano mayor con el beneplácito de su anciana madre. Ambos estuvieron de

acuerdo en que la boda se celebrase, y en menos de un mes la pareja contraía matrimonio en la ermita de Santa Bárbara, en lo más alto del pueblo, con el mundo a sus pies. Don Vicente resultó ser un hombre de gran sensibilidad, inquieto y curioso. Juntos viajaron lo que les permitieron el trabajo del campo y los hijos, que empezaron a llegar diez meses después de la boda; con ellos, la casa se llenó de gritos y juegos. Al poco de cumplir Anastasia los setenta años, don Vicente falleció. Una noche se fue a la cama y nunca más volvió a levantarse.

Hacía diez años ya que vivía en la residencia. Se encontraba muy bien de salud, pero no le gustaba vivir sola en aquella gran casa, y sus tres hijos vivían muy lejos del pueblo. Toda la vida luchando por ellos para acabar completamente sola... Su hija menor le había propuesto que fuese a vivir con ella y su familia, pero la mujer sabía que mientras en Madrid no era nadie, en el pueblo era Anastasia la de don Vicente, una mujer de buena casa, respetada y bien considerada por todos. Ella moriría en su pueblo, igual que lo hicieron sus padres y también su marido.

Los recuerdos de toda una vida se amontonaban en su cabeza mientras daba vueltas alrededor de la iglesia. Cuatro minutos para resumir ochenta años. ¡Qué ironía! Y ahora, de repente, una inesperada visita había acabado con la tranquilidad de una existencia en la que cada minuto del día sabía qué le traería el siguiente. ¡Hacía tantos años que no había vuelto a pensar en ella! El nombre de la chica comenzó a golpearle en las sienes como un martillo. Celia Urbiola, Celia Urbiola, Celia Urbiola...

Aquella noche Anastasia tomó una decisión. Concluida la cena, subió a su cuarto a por una chaqueta, salió del edificio con todo el sigilo que pudo, descendió la escalinata de la iglesia y giró a la derecha en la plaza para bajar por el barrio

Monte. Tenía que advertir a alguien, y debía hacerlo cuanto antes. Estuvo fuera casi dos horas, transcurridas las cuales regresó a la residencia. En la oscuridad de su cuarto se puso el camisón y luego buscó refugio entre las sábanas. Tardó otras dos horas en quedarse dormida.